

El Concilio Vaticano II y las intervenciones del Cardenal Silva Henriquez – *Palabras para un hombre de ayer y de hoy*

Luis Antonio Díaz Herrera

Prólogo

Luis Antonio Díaz es un sacerdote múltiple.

Hombre de acción, es extraordinariamente activo, eficiente, realizador y servicial. Lo ha probado en los años en que acompañó al Cardenal Silva, ayudándole en las grandes responsabilidades que pesaban sobre él. Lo ha probado como párroco, como pastor y como amigo.

Pero es también un hombre de estudios: acucioso, investigador, metódico, perseverante, sabe documentarse, meterse en los archivos y en las bibliotecas, informarse en forma exhaustiva sobre el tema que se ha propuesto estudiar. Y sabe también encontrar el hilo directivo, hacer la síntesis, probar su tesis, enseñar y convencer.

Y, por último, Luis Antonio es un hombre de Iglesia, fiel a sus pastores, comportamiento sus responsabilidades y sus tareas, con una lealtad y una fidelidad ejemplares. Yo participé en las cuatro sesiones del Concilio Vaticano II. De esos tiempos, solo quedamos dos, Eladio Vicuña, y yo. Así que viví lo que él aquí nos narra. Pero él narra mucho mejor que yo lo que yo viví. El Concilio era una selva virgen, en la cual costaba orientarse. Luis Antonio conoce, porque ha leído y estudiado mucho acerca de Vaticano II, mejor que los mismos participantes, lo que allí se debatió durante cuatro años y la gran diversidad de temas, de enfoques, de escuelas, de criterios, de puntos de vista que allí se expresaron, buscando, bajo la acción del Espíritu Santo, llegar a una convergencia que permitiera orientar la acción de la iglesia en los años venideros.

Luis Antonio se ha centrado, en este libro, en el aporte del Cardenal Silva en el Concilio Vaticano II. No cabe duda que el Cardenal fue el portavoz de los obispos chilenos y una de las grandes voces del Concilio. Primero porque, por ser Cardenal, tenía el privilegio de hablar antes que todos los demás obispos, cuando el debate recién empezaba y todos teníamos interés en oír las opiniones, que podían ser muy diversas y a veces opuestas. En segundo lugar, porque él tenía un equipo de asesores, teólogo de mucha ciencia y experiencia, que estudiaban todos los temas, revisaban acuciosamente todas las actas,

participaban activamente en las reuniones que tenían los teólogos entre ellos, hombres de diversos países y de diversas corrientes, que asistían al Concilio, algunos como expertos, nombrados por la Santa Sede, otros como asesores de los obispos más importantes. Ellos le preparaban al Cardenal borradores para sus intervenciones.

Los obispos chilenos nos reuníamos a menudo con el Cardenal y sus asesores y ellos nos informaban de lo que pasaba en el Concilio, de lo que decía y se contaba fuera del aula conciliar. Los obispos chilenos daban sus opiniones. Algunos, como don Manuel Larraín, don Alfredo Silva y otros, intervinieron directamente en las sesiones conciliares. Pero las palabras del Cardenal eran tenidas, por lo general, como expresión del pensamiento del Episcopado chileno y lo eran. Éste fue un tercer aspecto de la participación del Cardenal.

Y el cuarto fue decisivo. El Cardenal tenía una personalidad muy definida, y una oratoria clara y precisa; era muy escuchado. Su opinión era tenida menudo como la de la Iglesia Latinoamericana ya que eran pocos los obispos de nuestro Continente que participaran con tanta preparación y tanta autoridad como él.

Luis Antonio hace revivir esas largas sesiones durante las cuales los pastores de la Iglesia, sucesores de los apóstoles, asistidos por el Espíritu, buscaban caminos para guiar el actuar de la Iglesia en el mundo de hoy, consientes de los cambios, no sólo políticos, económicos y sociales, sino culturales, en medio de los cuales vivíamos.

Luis Antonio ha escrito un libro bien documentado y bien pensado. Lo ha escrito con fidelidad a la Iglesia universal y a la Iglesia chilena. Lo ha escrito con cariño hacia su propio Obispo, el Cardenal Silva, de quien fue, por largos años, estrecho y fiel colaborador. Pero, más allá de su valor histórico y testimonial, el libro de Luis Antonio es un grito de confianza y de esperanza en una Iglesia viva, dinámica, confiada en el futuro, dispuesta a todos los cambios que sean necesarios o útiles para que pueda cumplir en el mundo de hoy y de mañana, la misión de fe, de esperanza y de amor que Cristo le ha encomendado.



+ Bernardino Pinera C.
Arzobispo Emérito de La Serena